MARIANO PINA

7839

LA NOVIA DEL GENERAL

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA NOVIA DEL GENERAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA NOVIA DEL GENERAL

COMEDIA

en un acto y en verso

POR

DON MARIANO PINA

Representada por primera vez en Madrid en el TEATRO DE VARIEDADES
el 17 de Enero de 1873

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELADIA	Sra. Torrecilla.
MARTINA	Zapatero.
ALFREDO	Sr. Vallés.
GREGORIO	Luján.

La escena en Madrid.—Epoca actual

ACTO UNICO

Gabinete lujosamente amueblado. Puerta al foro: dos ídem á la derecha: á la izquierda, otra y balcón. Entiéndase por izquierda ó derecha la del actor.

ESCENA PRIMERA

MARTINA saliendo de la primera puerta derecha

¡Ay, tan pesado trabajo
es superior á mis fuerzas!
Cuando abandono la escoba,
me reclama la espetera,
y no tengo en esta casa
cuatro minutos de huelga.
Pero ya que sola estoy, (Se sienta.)
me siento y muera la pena.
Al que inventó las butacas,
le diera yo una prebenda.
Qué bien se está aquí, y qué á gusto
se puede dormir la siesta.
¡Eh!... ¿qué es eso? me parece
que tocan en la vidriera.
(Levantándose y mirando por el balcón.)
¡Calla!... ¡si es que está lloviendo!
Y de firme. ¡Anda!... ¡qué buena
se pondrá la señorita,
que ha salido tan compuesta!...
Tomará un coche.

673555

ESCENA II

DICHA, GREGORIO con chaqueta y gorra de soldado

GREG. (En la puerta del foro.) ¿Se puede?
MART. ¿Quién es?
GREG. (Adelantándose.) Quien tiene en las venas
alquitrán en vez de sangre,
dende que vió tu presencia.
MART. Pero... ¿por dónde has entrado?
GREG. Por la mesmísima puerta.
MART. Si está cerrada.
GREG. Es la fija;
pero yo... (Mostrando una llave.)
MART. ¿Qué llave es esa?
GREG. Has de saber, que el portero
me tiene afeuto y querencia,
porque, en habiendo conquibius,
lo convido á cariñena,
y me diñó el picaporte,
que le dió la cocinera.
MART. ¿Y si viene la señora?
GREG. ¡Quiá!.. si está lloviendo á espuertas.
¡Tenía una gana de verte,
zandunga!...
MART. Y yo á tí.
GREG. ¿Es de veras?
Mira, cuando estamos juntos,
se me ataruga la lengua,
y me tiemblan las canillas
y echan lumbre mis orejas.
MART. ¿Eso es de miedo?
GREG. Eso es
porque te quiero, morena.
MART. ¡Falsario!
GREG. Y por tí he dejao
cosas de más convenencia.
Cuando yo te conocí,
trataba á una lavandera
cetrina, un poco bisoja
y algo hoyosa de viruelas;

zanquilarga, y con dos pies
como dos medias fanegas.
Pero era aquella mujer,
sin agraviarte, una perla.
Ella cuidiaba mi ropa
de cosío y de limpieza,
y me compraba el tabaco,
y mientras que fué mi prenda,
me regaló tres pañuelos.
dos almillas de bayeta,
un guardapelo de peltre,
y un cinto de gutapercha.

MART. ¿Sabes que me vas cargando
con tu antigua lavandera?

GREG. ¿Por qué?

MART. Porque eso es faltarme.
Cuando tengo una peseta,
¿no la gasto yo contigo?

GREG. Cabal.

MART. ¿Y llevo á la mesa
ningun plato que lo valga,
sin guardarte una fineza?

GREG. ¡Es la chachi!

MART. Pues entonces,
¿á qué echarla de plancheta
con esa mujer?

GREG. Si digo,
que me regustas más que ella.

MART. ¡Conversación!

GREG. ¿Sabes tú,
lo que por mi suerte perra,
me va á costar tu querer?

MART. ¡Será mucho!

GREG. ¡Friolera!
Si no me dan cuatro tiros,
de que menos voy á Ceuta.
Por ver tu cara de azúcar
y tu cuerpo de canela,
he faltao á cuatro listas.

MART. ¿Y qué?

GREG. ¡Ná!... que si me pescan,
me van á poner los lomos
más majaos que la yesca.
Bonito es el tal Quiñones,

capitán de la tercera
del primero, que es la mía.

MART. ¡Ay! ¿sí?

GREG. Al que falta, lo brea.

MART. ¿Y qué vas á hacer?

GREG. Lo hecho.
Desertar.

MART. ¡Esa es más negra!

GREG. Si vuelvo al cuartel, me parten.

MART. ¿Y si te prenden?

GREG. No temas.
Mañana mi regimiento
sale en el tren pá Valencia,
y dende aquí hasta mañana
con tal de que no me vean
los jefes...

MART. Yo que creía
ir contigo á la pradera
esta tarde, que me toca
salir.

GREG. ¡Y qué estará buena!
Ya andan por ahí más comparsas
con panderos y vihuelas...

MART. ¡Hoy que acaba el carnaval!...

GREG. Digo... y teniendo yo tela
pá obsequiarte.

MART. ¿Sí?

GREG. (Sacando tres duros.) Tres machos
que cobré ayer de mi tierra
por el giro mústio. ¡Olé!
¡Con tres chulés y esta jembra!...

MART. ¡Por vida de!...

GREG. ¡Pero calla!...
Si somos unos babiecas.
¿Tú quieres salir conmigo
esta tarde?

MART. Era mi idea.

GREG. Pues saldrás. Mando al portero
que alquile un traje y careta,
me lo encasqueto...

MART. Es verdad.

GREG. Y con la fila cubierta,
me río de la ordenanza
y del consejo de guerra.

MART. Y no hay más.
GREG. Tengo un chi umen
bestial.
MART. Pues no te detengas.
GREG. Me pondré un traje de moro.
MART. No, que esos no se contentan
con una sola mujer.
GREG. Pues de Tamerlan de Persia,
ó de coloso de Rodas...
En fin, un traje que tenga
charreteras y bordaos,
que son los que á mí me alegran.
MART. Andando.
GREG. Adiós, salerosa.
MART. Márchate por la escalera
interior.
GREG. Bien, hasta luego.
MART. Ven pronto.
GREG. Como una flecha.
(Vase por la segunda puerta derecha)

ESCENA III

MARTINA, después ELADIA

MART. Me gustan los militares
porque nada les arredra,
y en queriendo á una mujer,
son unos mozos en regla.
(Suena una campanilla.)
¿Llaman?... Será la señora.
(Desaparece por la puerta del foro.)
GREG. Se me olvió la arvertencia,
de que en el portal te espero.
¡Eh!... ¿no está? ¡Santa Quiteria!
Oigo la voz de... me escurro. (Vase.)
MART. (Saliendo con Eladia.)
¿Le cogió á usted la tormenta?
ELADIA Por dicha mía pasó
pronto.
MART. (Quitándole el sombrero y el abrigo)
La ropa está seca.

ELADIA Claro; merced al paraguas...
MART. ¡Ah! ya... (Lo coge y lo pone en un lado.)
ELADIA Pero más quisiera
regresar hecha una sopa,
que deberlo á tal cubierta.
MART. ¿Por qué?
ELADIA ¡Cómo está Madrid!
Vamos, si esto no se enmienda,
no puede transitar sola
ninguna mujer honesta.
MART. Me asusta usted.
ELADIA ¡Cuánto vago
obstruyendo las aceras,
y cuánto sándio moscón
calentando las orejas!
Al pasar un andaluz,
dice: «¡Vaya una flamenca!
Permita el poer de Dios,
que me den pá una merienda,
esa boca de compota
y ese cuerpo de jalea.»
Más arriba un catalán,
que va mirando unas muestras
de percal, murmura al paño:
«es vosté mol boniqueta,
y no ni á altra mes grasiosa
an Barsalona y Manresa.»
Luego cruza un vizcaino,
y con sintáxis amena
exclama: «la talle hermosa,
maitia, y ojos son esas,
que envidian ángeles los,
si ángeles venir en tierra.»
Luego un pollo burriciego
la dice una desvergüenza.
Después un gallo taimado
con intención la codea,
por ver si al roce sobón,
una sonrisa contesta.
Por avivar ella el paso,
con un vendedor tropieza;
otro la desgarra el traje,
la detiene una reyerta,
la limpia el bolso un granuja,

y al cruzar á la otra acera
la aplasta un callo un gallego,
y un coche á poco la estrella.
¡Chica, cómo está Madrid!
si este mal no se remedia
no podrá transitar sola
ninguna mujer honesta.

MART. Pero entre eso y el paraguas,
¿qué relación hay?

ELADIA Completa.
Hoy, cuando á casa volvía,
empezó á llover.

MART. Con fuerza.

ELADIA Y ese hombre que me persigue
con tan audaz insistencia...
ya sabes.

MART. Sí, usted me ha dicho.

ELADIA Halló feliz coincidencia
para ofrecerme el paraguas.

MART. Y usté admitió la fineza.

ELADIA Me guarecí en un portal,
hasta que un coche viniera,
pero ninguno pasaba
desalquilado, y el pelma,
sin quitarse de mi lado,
reiteraba sus ofertas.
Hasta que cansada ya
de tan tenaz persistencia,
y más que por no mojarme,
por terminar tal escena,
acepté el ofrecimiento,
y á casa he vuelto ligera.

MART. ¿El sabe que es usted viuda?

ELADIA ¿Qué me importa que lo sepa?
¿Soy libre acaso?

MART. Desde hoy...

ELADIA Sin embargo...

MART. ¿Quién espera?

ELADIA Mi tía, al dejarme sola,
y á mil peligros expuesta
por mi temprana viudez,
me exigió en su hora postrera
dar mi mano á otro sobrino
que goza honores y hacienda,

si en el término de un año
venía...

MART. Y pasó la fecha
sin venir.

ELADIA Según ha escrito,
graves causas se lo vedan.
Es general mejicano,
y como en aquella tierra
hay cada mes un motín...

MART. No se parece á la nuestra.

ELADIA Pero en su reciente carta
dice que el viaje acelera
y espero todos los días
verle entrar por esas puertas.

MART. Y en tanto vive usté aislada...

ELADIA Deseo, si se presenta,
que de mi honrada conducta
ni sombra de duda tenga.

MART. ¿De modo que el del paraguas?.

ELADIA Sublime chasco se lleva.
No quiero en casa visitas,
ni galanteos... y cuenta
conque si tú los admites
buscas otra.

MART. ¡Está usted fresca!
¿Hombres yo?... con un cañón.
(Suena campanilla.)

ELADIA ¡Llaman!... ¿Tendrá la insolencia
ese señor?...

MART. ¿Y qué hago
si es él?

ELADIA ¿Qué? Darle su prenda
y no dejarle pasar
el dintel...

MART. ¡Tal aspereza!...

ELADIA Es verdad, sólo la usa
una zafia lugareña.

MART. Le diré que está usted mala.

ELADIA Volverá á ver á la enferma...

MART. ¿Entonces?...

ELADIA Déjele entrar,
que yo curaré su tema. (Vase Martina por el foro.)
Veremos si es su descaro
superior á mi entereza.

ESCENA IV

ELADIA y ALFREDO en traje de paisano

ALF. ¿Hay permiso?
ELADIA Pase usted.
ALF Gracias.
ELADIA (Que lea en mi ceño...)
ALF. Me parece un bello sueño
lograr tan grata merced.
ELADIA Como de la suerte aleve
nunca es el bien duradero,
le advierto á usted, caballero,
que el sueño va á ser muy breve.
ALF. ¿Por qué?
ELADIA ¡Porque despertado
será usted pronto por mí!
ALF. Es que cuando duermo así,
tengo el sueño muy pesado.
ELADIA Bien... prescindamos ahora
del ensueño que le ofusca...
¿Sin duda usted viene en busca
del paraguas?
ALF. No, señora.
Yo vengo en busca de usted.
ELADIA ¡Cómo!...
ALF. Cual busca el cristal
del ansiado manantial
el que se abrasa de sed.
ELADIA Agradezco el cumplimiento,
y basta ya de prefacio:
que si usted viene despacio,
yo tengo prisa.
ALF. Lo siento.
Se pasa tan bien aquí,
al sol que en sus ojos brilla ..
Pero, ocupe usté una silla.
ELADIA Gracias: estoy bien así.
ALF. (Condoliéndose de una pierna.)
¡Ay!
ELADIA (¡Su descaro consterna!)
ALF. (Idem.)
¡Ay!

ELADIA ¿Qué es eso? ¿Un parasismo?
ALF. Padezco de reumatismo
y se fija en esta pierna...
¡Ay!
(Sentándose en el sofá.)
Permita usted que aguarde...
ELADIA ¿Ese dolor se mejora
con prontitud?
ALF. Sí, señora.
Es cuestión de media tarde.
ELADIA ¿Se burla usté? (¡Arde mi sién!)
ALF. ¡Burlarme!...
ELADIA ¡A tal desvarío!...
ALF Siéntese usted.
ELADIA Señor mío,
repito que así estoy bien.
ALF. ¿Pero es justo, por mi vida,
que usted molestada esté,
ó que yo la hable de pie
con una pierna encogida?
ELADIA (En eso tiene razón.)
ALF. Vamos.
ELADIA (Sentándose.)
Cedo, en la creencia
de que su aguda dolencia
tendrá pronta curación.
ALF. Mi gratitud lo barrunta.
ELADIA ¿Va pasando?
ALF. Algo.
ELADIA En buen hora.
ALF ¿Me permite usted, señora,
dirigirla una pregunta?
ELADIA Si no peca de arriesgada...
ALF. ¡Oh!... yo jamás me propaso
con las damas.
ELADIA En tal caso...
ALF. ¿Usted es viuda ó casada?
ELADIA Viuda.
ALF ¡Viuda!...
ELADIA Sí, señor.
ALF. Con emoción tan violenta,
me parece que se aumenta
este pícaro dolor.
ELADIA Pues si tenaz se declara,

(Hace ademán de levantarse.)
queda la sesión disuelta.

ALF. (Deteniéndola.) Vaya otra pregunta suelta.
¿Usté ha mirado mi cara?

ELADIA No me ocurrió tal antojo.

ALF. Suponen que no es muy fea.
Mírela usted, aunque sea
con el rabillo del ojo.

ELADIA Parece usted muy jovial,
y no admito la expansión.

ALF. Señora, en esta ocasión
estoy hablando formal.
Tengo veinte y seis abriles,
y aparte de esta gabiarra,
(Señalando la pierna.)
gozo de salud bizarra
y renta de algunos miles.
Me llamo Alfredo Quiñones,
soy capitán y soltero,
y de coronel espero
lucir pronto los galones.
Vi ese rostro primoroso,
caí de Cupido en la red,
y rendido ofrezco á usted
palabra y mano de esposo.
Si usted acepta el partido,
hace mi dicha completa,
y si mi amor no le peta,
me voy por donde he venido..

ELADIA Pues la franca ingenuidad
le sirvió á usted de recurso,
contestaré á su discurso
con igual sinceridad.
(Remedando el tono y acción do Alfredo.)
Tengo veinte y dos abriles
y sin ninguna gabiarra,
gozo de salud bizarra
y no envidio á usted sus miles.
Me llamo Eladia Castel,
y no me importa un ardite,
que á capitán se limite,
ni que llegue á coronel.
Y si mi rostro, no hermoso,
le sugirió algún proyecto,

el de usted no me hace efecto
ni con palabra de esposo.
Y pues no acepto el partido
que su ventura completa,
debe usted, si me respeta,
irse por donde ha venido.

ALF. Señora, á tal esquivez
contesta un hombre decente,
marchándose. (Se levanta.)

ELADIA (Idem.) Justamente.

ALF. ¡Ay! ¡El dolor otra vez!
(Vuelve á sentarse.)

ELADIA ¡Eh!...

ALF. Y más fuerte.

ELADIA ¡Tal engorro!...
Pues si en eso se encastilla
mando por una camilla
á la casa de socorro.

ALF. No... ya va mostrando trazas
de ceder.

ELADIA Lo espero ansiosa.

ALF. Conque, hablando de otra cosa...
¿usted me da calabazas?

ELADIA ¡Hombre, por toda la corte
celestial!...

ALF. ¿Con tal rigor
me trata usted?

ELADIA Sí, señor;
le doy á usted pasaporte.

ALF. ¿Me lanza usté al ostracismo
por feo?...

ELADIA ¡Ay, qué mareo!
Usted podrá no ser feo,
pero es usté un sinapismo.

ALF. Cuando usté lo piense más...

ELADIA Justo, para entonces sí...

ALF. Ya volveré por aquí...

ELADIA Y no me hallará jamás.

ALF. ¿Se irá usted de casa aposta?

ELADIA Es que en cerrarla me ufano,
y no la pisa un cristiano.

ALF. ¡Ah... ya! ¿Hay moros en la costa?

ELADIA O en el golfo. (¡Habrá insolencia!)

ALF. Es que en tal caso protesto.

ELADIA Pero, hombre, ¿usted se ha propuesto
abusar de mi paciencia?
ALF. Mi furor, aunque instantáneo,
ni transige, ni discute;
y al que su amor me dispute,
de un tiro le horado el cráneo.
ELADIA ¿Y quién derecho le ha dado,
ni cuándo?...
ALF. Nada, lo frío...
ELADIA Suplico á usted, señor mío,
que termine este altercado.
Y si al punto no despeja
y sigue en su terquedad,
llamaré á la autoridad
para que mi hogar proteja.
ALF Me voy, pues.
ELADIA Y con premura.
ALF. Soy de los que no replican,
cuando las cosas se indican
con tan amable dulzura.
ELADIA Bien hecho.
ALF. Ante las enaguas
no hay quien su furor no entibie.
Señora...
ELADIA Que usted se alivie.
¡Ah!... Llévese usté el paraguas.
ALF. No reclamo la hipoteca.
ELADIA (Dándoselo.) Pero se evita con esto
que le sirva de pretexto
para darme otra jaqueca.
ALF. La que niega una merced
y en ello el suplicio labra...
ELADIA No escucho ni una palabra.
ALF. Eladia, á los pies de usted. (Vase.)

ESCENA V

ELADIA, después MARTINA

ELADIA ¡Gracias á Dios! ¡Ay, qué hombre
tan moscón y pegadizo!
¿Martina?... Si no demuestro
firmeza, se está aquí un siglo.

MART. ¿Señorita?...
ELADIA Si ese joven,
por más que no lo imagino,
llama otra vez á la puerta,
le dices que no recibo,
que estoy ausente... que he muerto.
MART. Pues me parece muy fino.
(Como que me ha regalado
un duro al salir.)
ELADIA ¡Qué tipo!
MART. Y es un buen mozo.
ELADIA Eso sí;
y el aspecto es distinguido...
mas, ya lo sabes.
MART. Corriente.
De gustos no hay nada escrito.
Esta carta del correo. (Dándola.)
ELADIA A ver... La letra es del primo...
pero el sello.. «Cádiz, cuatro...»
Leamos... (Abriendo y leyendo la carta.)
MART. ¿Emprende el camino?
ELADIA Ya está en España, y me anuncia
que llega á Madrid hoy mismo,
y me envía su retrato,
como heraldo del arribo.
MART. Su retrato... ¿á ver, á ver?...
ELADIA (¡Cielos!) (Mirando el retrato.)
MART. (Idem.) (¡Santísimo Cristo!
qué horrible es.)
ELADIA ¿Qué te parece?
MART. La verdad... no es muy bonito.
ELADIA ¿No muy bonito? ¡Horroroso!
y con marcados indicios
de tosco y ordinariote.
MART. ¡Qué bigotazo!
ELADIA ¡Es un indio
bravo!
MART. Yo no era su esposa
aunque me ofreciera un título.
ELADIA ¿Y mi palabra empeñada?
MART. Ayer cesó el compromiso.
ELADIA En fin, dejemos que llegue,
y si lo manda el destino...
MART. ¿Se resigna usted?

ELADIA ¿Qué hacer?
Cumpliré lo prometido.
MART. ¿Y luego?...
ELADIA Si su moral
corresponde con lo físico,
darle cada pesadumbre,
armar cada laberinto,
que le haga mudar la piel,
para ver si así consigo,
ó que de semblante cambie,
ó que recurra al suicidio. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

MARTINA, después GREGORIO

MART. ¡Ceñir por una simpleza
la corona del martirio!
Antes mandaba yo al novio...
GREG. ¿Martina?...
MART. ¡Estás en tu juicio!
¿qué traes aquí?
GREG. ¿Que qué traigo?...
Na... la sangre hecha un granizo...
MART. ¿Qué pasa?
GREG. Que de esta hecha
los huesos de mi endeviduo
no quedarán ni pa hacerle
varetas á un abanico.
MART. ¿Por qué?
GREG. Lo vas á escuchar.
Estaba yo en mi escondrijo...
en la portería.
MART. ¿Y bien?
GREG. Cuando miré de improviso
entrar á mi capitan
en el portal.
MART. ¡Ay, Dios mío!
GREG. Eso dije yo, poniéndome
del color de los membrillos.
MART. ¿Y qué?
GREG. Miró de soslayo.
se quedó como indeciso,

y al fin subió la escalera
con ojos de basilisco.

MART. ¿Y tú entonces?...

GREG. Quise dirme.
pero me dió un sudor frío,
y después el capitán
volvió á bajar como un tiro,
y está en la acera de enfrente
más áspero que un erizo.

MART. ¿Y eso es todo?

GREG. Tendrá el cante
de que esta casa vesito,
y viene á trincarme.

MART. ¿Sí?...

GREG. Pero se la doy, de fijo.
¡Ya me han traío el disfraz!
y en tapándome el palmito
pasamos de brasilete
delante de sus hocicos.
¿Digo algo?

MART. Pues á vestirte.

GREG. ¿Bien, pero dónde me visto?
Si bajo á la portería
y me dica...

MART. Eres perdido.
Mira, en ese cuarto escuro...
el segundo del pasillo.

GREG. Corriente. Dime, ¿irás tú
pa sujetarme los picos
del corbatín?

MART. Te enviaré
la garduña del Retiro.

GREG. ¡Salero!...

MART. Hasta que te llame,
no te muevas de aquel sitio.

GREG. En diciendo: alza, Gregorio,
me tienes aquí de un brinco.

MRTA. Yo te llamaré bien claro.

GREG. Dende aquí á luego.

MART. Anda vivo.

(Gregorio coge un lio de ropa que dejó en la puerta derecha, y se va por el foro izquierda.)

Y después, á la pradera
á bailar.

ESCENA VII

MARTINA y ELADIA

ELADIA — Si has concluido
tus quehaceres, puedes irte
á paseo.

MART. — Ya está listo
todo.

ELADIA — Y que no tardes mucho.

MART. — Inútil es advertirlo.
¡Quiá!... Como una sale sola,
se cansa pronto de pingos.
(Vase foro derecha.)

ESCENA VIII

ELADIA, después ALFREDO

ELADIA — Diviértase y goce ella,
que puede lograrlo hoy,
mientras yo en casa me estoy
renegando de mi estrella.
Cuando en el bello parnaso
vagaba la mente mía,
llena de encanto y poesía...
¡Eh!..¿quién va?...

ALF. — (Que ha salido momentos antes, y figura buscar algo en el suelo.)
No haga usted caso.

ELADIA — ¿Otra vez?... ¡Esto es horrible!...
¿Quién le permitió la entrada?

ALF. — Ya le he dicho á la criada
el motivo ineludible...

ELADIA — No alcanzo...

ALF. — Su gracia invoco,
pero es muy justo que inquiera...
¿Ha visto usted la contera
del paraguas?

ELADIA — ¡Usté es loco!

ALF. — No tal.

ELADIA Pues no se concilia...
ALF. Demuestro tal interés,
porque esa contera es
un recuerdo de familia.
ELADIA Deploro mucho el azar,
y puesto que no está aquí,
le suplico á usted. . (Señalando la puerta.)
ALF. ¡Oh! sí...
(Sentándose y mirando debajo de los muebles.)
¡Pero es muy particular!...
ELADIA ¿Vuelve usté á su calma eterna?
ALF. Perdone usted, ya me voy. (Se levanta.)
ELADIA Pronto. ¡Pues de humor estoy
para!...
ALF. ¡Ay! Otra vez la pierna.
(Vuelve á sentarse.)
ELADIA (¡Y en la butaca se embute!)
Si no deja usté el asiento,
hago venir al momento
un doctor que se la ampute.
ALF. ¿Juzga usted que los galenos
apagan de amor la llama?
¿Qué le importa al que bien ama
una pierna más ó menos?
ELADIA Pero le debe importar
de su amada la quietud.
ALF. Ciertamente.
ELADIA Y su virtud
y decoro respetar.
Por lo cual. . (Señalando la puerta.)
ALF Sí, esa es la puerta.
ELADIA Justo.
ALF. ¡Y así me hostiliza!
¿Pero por qué es la ojeriza
que usted me tiene?
ELADIA No es cierta.
¿Ojeriza yo?... no á fe.
ALF ¿Y ordena usted que me aleje?
ELADIA Sí, urge mucho que me deje.
ALF. Vamos á ver, ¿y por qué?
¿Le parece á usted sencillo?. .
ELADIA ¡Dale!
ALF. ¿Ese ceño tenaz?...
ELADIA (¡Jesús!... ¡Este hombre es capaz

de causar un tabardillo!)
¿Es cierto que mi semblante
dice algo á ese corazón?

ALF. Le inspira ciega pasión,
indomable, delirante.
Cual caballo al que no aplaca
rienda, voz, ni aguda espuela,
marcha, avanza, corre, vuela...

ELADIA Basta: pare usted la jaca.
Si tan grande es su pasión,
¿por qué humilde no obedece?

ALF. ¿Y por qué usted me aborrece
sin darme una explicación?...

ELADIA ¡Vuelta!...

ALF. Su acento enigmático
demuestra...

ELADIA Yo no lo he dicho;
y si tiene usted capricho,
le diré que me es simpático.
Pero que en su recto juicio
debe entrar, si lo medita,
que esta pertinaz visita
puede hacerme un gran perjuicio.

ALF. ¿Gran perjuicio?

ELADIA De entidad.

ALF. Se vale usted de ese efugio
como postrero refugio
para que yo...
(Frotando el pulgar con el dedo en medio.)

ELADIA Es la verdad.
Y si reparos ensarta,
sin bastar que yo le diga,
lea usted, pues á ello me obliga
lo que contiene esa carta.
(Se la da.)

ALF Voy á enterarme anheloso...
(Lee para sí.)
¿Y bien?...

ELADIA ¿No da usté en el quid?
Ese que hoy llega á Madrid
es mi prometido esposo.

ALF. ¡Eh! ..

ELADIA General mejicano.

ALF. Reciba usté el parabién...

Así descarrile el tren
y aplaste al americano.
¿Le ama usted?

ELADIA Cuando alianza
pacto con él...

ALF. ¡Suerte igual!
Hoy mato á ese general
sin respeto á la ordenanza.

ELADIA ¡Un duelo!... no le amo, no.

ALF. ¿Y se casa usté?

ELADIA Es preciso.

ALF. ¡Ah!... pues si es por compromiso,
no he de permitirlo yo.

ELADIA ¿Pero usté acaso es mi hermano,
ni mi tutor, ni mi tío?...

ALF. Deje usted que á mi albedrío
me entienda con el indiano.

ELADIA Jamás.

ALF. Es una merced
que la ahorrará mil quebrantos.

ELADIA ¡Hombre! por todos los santos
del cielo, váyase usted.

ALF. Nómbreme usted su abogado
con poder irrevocable.

ELADIA ¡Esto ya es intolerable!
¿Martina?... (¿Se habrá marchado?)

ESCENA IX

DICHOS, MARTINA

MART. Señora..

ELADIA (¡Vela por mí
el santo Angel de la Guardia!)

ALF Por favor...

ELADIA Dí á un salvaguardia
que arroje á este hombre de aquí.

MRT. ¿Qué pasa?

ALF. A sus pies rendido
gracia de ese labio espero.
(Se arrodilla.)

ELADIA Líbrame de él.

MART. ¡Caballero!...

ELADIA ¡Habrá otro más atrevido!
MART. Salga usted.
ALF. Antes morir.
Nadie de sus pies me arranca.
MART. (Cerca de la puerta del foro, alzando la voz.)
Fuera: la puerta está franca.
Vamos, ya puede salir.

ESCENA X

DICHOS, GREGORIO con grandes bigotes y disfrazado ridículamente de general

GREG. Aquí estoy. (Alfredo se levanta.)
MART. (¡Cielos!)
ELADIA ¿Qué es esto?
GREG. (¡Santo Cristo! ¡el capitán!)
MART. (¡Oh! ¡qué idea!...)
(Aparte á Gregorio.) No te turbes.
Di que eres el de Ultramar.
GREG. (Idem á Martina.)
El de...
ALF. (¡Qué facha!)
ELADIA (Aparte á Martina.) ¿Quién es?
MART. (Idem á Eladia.)
¿No acierta usté? El general.
ELADIA (Idem.) ¡Esa faz!...
MART. (Idem.) La del retrato.
ELADIA (Idem.) En efecto... ¡hay paridad!...
(¡Y ha visto!...) (Aparte á Alfredo.)
¿Está usted contento?
ALF. Señora... (Idem á Eladia.)
MART. (Idem á Gregorio.)
Habla.
GREG. (Idem á Martina.) ¿Y qué he de hablar,
chica, si tengo el gañote
más seco que un cordobán?
MART. (Idem.) Que nos pierdes.
GREG. (¡Voto á sanes!...)
Pues señor... soy el de allá.
ELADIA ¿Es usté?...
GREG. El ultramarino

ELADIA ¿Al fin?...
GREG. (Me van á tomar
por un saco de café.)
ELADIA Le aguardaba con afán.
MART. Muestra extrañeza... (Aparte á Gregorio.)
GREG. Y extraño...
(Aparte á Martina.)
Dí, ¿qué es lo que he de extrañar?
ELADIA No siga usted. Si aquí ha visto
un atrevido desmán,
el señor, que fué el causante,
explicación le dará.
Entre tanto me retiro.
ALF. Sí, yo fuí...
ELADIA Que no he de entrar
en discusión de mi honor,
brillante como el cristal.
(Vase por la izquierda, ordenando á Martina que la siga.)
GREG. (¡Me dejan solo con él!...
¡Santísima Treniá!)
MART. (Aparte á Gregorio señalando á la cabeza.)
Mucho de aquí.
GREG. (Idem á Martina haciendo con la mano la demostración de pegar.)
No, de acatus
es lo que me va á sobrar.

ESCENA XI

ALFREDO y GREGORIO

ALF. (¡El uniforme es grotesco
y el aspecto mucho más!)
GREG. (Si yo pudiera escurrirme...)
ALF. (Pero en fin, hay que arrostrar...)
¿Hablamos de pie, ó tomamos
sillas?
GREG. Lo mismo me da.
ALF. Lo que disponga vuecencia.
GREG. (¿Con quién habla el capitán?)
ALF. Yo también soy del oficio.
GREG. ¿De qué oficio?

ALF. Militar.
GREG. (¡Mire usté á quién se lo dice!)
ALF. Y mi norte es la lealtad.
GREG. No es mal viento.
ALF. Por lo mismo
voy á ser franco y veraz.
Al llegar vuecencia...
GREG. (¿Otra?)
ALF. Vió...
GREG. ¿El qué?
ALF. Si su ingenuidad
no merezco, será inútil
que hablemos, mi general.
GREG. (¡Cristo!)
ALF. Recuerde vuecencia...
GREG. (Me paese que el capitán
ha tomao las once.)
ALF. Y sea
nuestra pauta la verdad.
GREG. Corriente, yo no me aparto...
ALF. Yo amo á esa mujer.
GREG. ¿A cuál?
ALF. A la que quiere hacer suya.
GREG. (¡Martina!)
ALF Es mi dulce imán.
GREG. ¿Y ella le...?
ALF. Le soy simpático.
GREG. (¡Ay! ¡qué felpa va á llevar!)
ALF. ¿Qué piensa hacer su excelencia?
GREG. ¿Mi ercelencia?... ¿casi na?
romperle una paletilla.
ALF. ¡Semejante atrocidad!...
GREG. Y voy gustoso á presidio
en yendo ella al hespital.
ALF. Es que yo...
GREG. Aunque usté se oponga
la parto por la mitad.
ALF. (¡Qué bruto!) Pero repare
vuecencia...
GREG. ¡Hombre! basta ya
de motes, que hemos llegao
á un asunto muy formal,
y aunque el pescuezo me cueste,
á mí naide me la da.

(Quitándose los bigotes.)
Yo soy Gregorio Costales.

ALF. ¡Qué estoy viendo!... ¡Ah, ganapán!
¿Qué haces tú aquí?

GREG. Tragar quina.

ALF. ¿Pero ese traje?...

GREG. Un disfraz
pa poer salir de incórnito
con esa mosa arrastrá

ALF. (¡Entiendo!. . Y la otra supone
que es el bravo general...)
¿Costales?

GREG. Presente.

ALF. ¿Has leído
la ordenanza militar?

GREG. La sé como la dotrina.

ALF. ¿Y sabes á dónde vas
por desertor?

GREG. A presidio.

ALF. O al palo.

GREG. Ya me es igual.

ALF. Yo te libro de la pena,
si con presteza eficaz
representas un papel
muy fácil.

GREG. ¡Mi capitán!...
repare usté que hay papeles
duros de representar.

ALF. Tú eres mariscal de campo
mejicano.

GREG. ¡Yo!... Ojalá.

ALF. Eres el futuro esposo
de Eladia.

GREG. ¡San Nicolás!
¿De la señorita?...

ALF. Justo.
Ahora acabas de llegar,
y al punto quieres casarte.

GREG. Lo de casarme es verdá.

ALF Ostenta hidalga apostura
y fino lenguaje.

GREG. ¡Ay!...
Si en echándola de fino.
digo cá barbariá...

ALF. Y á título de futuro,
también puedes intentar
abrazarla.
GREG. ¿Sí?...
ALF. Y besarla
la mano.
GREG. Mire usted, ya
me va gustando el papel.
ALF. Animo.
GREG. (Aunque no sea más,
que por darle en la cabeza
á esa mona...)
ALF. Dila, audaz,
que me has lanzado de aquí.
GREG. (Si lo pudiera mandar...)
ALF. Ya llega... todo lo escucho.
GREG. Pero...
ALF. Si me sirves mal,
vas á Ceuta, y las orejas
á mis manos perderás.
(Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XII

GREGORIO; después, ELADIA

GREG. (Como piense en tal desmoche
de seguro me atortolo.)
ELADIA ¿Está usted solo?
GREG. Más solo
que la una de la noche.
(¡La moza es de polvorón!...)
ELADIA Muy bien.
GREG. (Y al verla me animo.
Empezaré dando un timo
de selerta educación.)
ELADIA Ya sabrá usted las insidias...
GREG. Sé que tengo efrevesencia
de ver la refudelgencia
de esos crisos homicidias.
(¡Olé!)
ELADIA ¡Eh!... ¿qué?
(Gregorio la invita á sentarse, sentándose él primero.)
De buen grado.

GREG. Gracias.
ELADIA ¿Y qué tal el viaie?
GREG. Como he venío en badaje,
me encuentro tan arriscado.
ELADIA (¡Qué frases!) El que aquí había
¿le habló á usté?
GREG. Y si no se va ,
le pego una puñalá
que lo parto.
ELADIA ¡Ave María!
¿Tan agrio ese genio es?
GREG. ¿Que si es crúo? ¡Na!... á estas fechas
llevo yo más muertes hechas
que menutos tiene un mes.
ELADIA (¡Qué hombre!)
GREG. A quien me guiña mal
le hago bailar de cogote.
Si no usa uno el chafarote,
¿pa qué es uno general?
ELADIA Pero...
GREG. ¿Y cuándo es nuestra unión?
ELADIA Veremos...
GREG. ¡Voto á los mengues!
Sin veremos ni perrengues
á hacerlo de sopetón.
ELADIA (La locución no es homérica.)
GREG. Yo soy un mozo de gluten
y usté una jembra de buten.
ELADIA (¡Ay, cómo se habla en América!)
GREG. Y al mirarla me derrito.
ELADIA (¡Desgarra su tosco acento!)
GREG. Y el día del casamiento
vamos á bailar el vito.
ELADIA (¡El vito!)
GREG. Y aunque reviente,
apuramos en la cena
dos botas de cariñena
y una cuba de aguardiente.
ELADIA (¡Uf! ¡Qué ordinario!)
GREG. Y dempués
va usté á lucir en platea
basquiña y guantes de sea.
ELADIA (¡Ay, pero qué necio es!)
GREG. (La atonto con mi finura.)

ELADIA Gracias... (¡Arde mi mejilla!)
GREG. (Ahora le doy la puntilla,
con un pase de cintura.)
¿Me querrás mucho?
ELADIA Confío...
(¡Qué llaneza!)
GREG. Tú verás
no disprenderme jamás
de este cuerpo.
(Intenta pasarle el brazo por la cintura.)
ELADIA (Retirandose.) ¡Señor mío!
Proceder tan indiscreto...
GREG. Es como prueba mejor
de mi querer.
ELADIA La mayor
se muestra con el respeto.
GREG. Vamos, no armes zaragata.
ELADIA ¡Qué lenguaje! ¡Ya me ofendo!
GREG. Deja que te dé un chupendo
en esa mano de nata. (Intenta cogérsela.)
ELADIA (Levantándose.) ¡Tan atrevida osadía
conmigo!...
GREG. ¿Ni eso tampoco?
¿Y por qué? Si de aquí á poco
vamos á la Vicaría.
ELADIA Después de este agrio debate
lo dudo.
GREG. ¡Llamarte andana!
Entonces, dime, serrana,
¿pa qué lié yo el petate?
ELADIA El que sus timbres desdora,
no es digno de ser mi amigo.
GREG. Uno tan sólo.
ELADIA Atrás, digo.
ALF. Dispénseme usted, señora.

ESCENA XIII

DICHOS y ALFREDO

ELADIA (¡El otro!... ¡Oh! pero esta vez
me lo depara algún ángel!)
ALF. Dejé olvidado el paraguas.

ELADIA Sí, ahí está.
ALF. (Tomándolo.) Que usted descanse.
ELADIA ¿Se marcha usted?
ALF. Tengo prisa
ELADIA (¡Pues!... ¡Cuando yo!...)
GREG. (Que me aspen
si entiendo...)
ALF. (Aparte á Gregorio.)
(Trina de celos
ó te disloco el gaznate.)
GREG. ¡Eh!...
ELADIA ¿Se mejoró el dolor
de la pierna?
ALF. Estoy más ágil.
ELADIA (Cuando intento detenerle
por librarme de este cafre...)
ALF. Señora... (Despidiéndose.)
ELADIA ¿Tanta premura
tiene usted?
ALF. (Aparte á Gregorio,)
(Rabia, bergante.)
ELADIA (Dándole la mano.)
Adiós, pues.
GREG. ¡Bombas y rayos!
ELADIA (Asustada.) ¡Ay!...
GREG. ¡Machetes y puñales!
ALF. ¡Mi general!...
ELADIA (¡Qué energúmeno!)
GREG. Va á correr aquí la sangre
como agua.
ELADIA Pero...
GREG. ¡En mis barbas
camelarte otros galanes!
ELADIA (Aparte á Alfredo.)
(Caballero, por piedad,
llévese usté á ese salvaje.)
ALF. (Idem á Eladia.)
¿Así trata usted al hombre
con quien debe desposarse?
ELADIA (Idem.)
¿Casarme con él? Primero
con un mulato de Tánger.
GREG. ¿Otra vez?... ¡Voto á mi abuela!
ELADIA Esto ya es inaguantable.

Diga usted, ¿con qué derecho
se atrevo á residenciarme?

ALF. (Aparte á Gregorio.)
Fiereza.

GREG. (Idem á Alfredo.)
¿Más, todavía?
¡Pues como no saque el sable!

ELADIA Hable usted.

GREG. ¿Con qué derecho?

ELADIA Yo soy libre como el aire.

GREG. ¿Libre? ¡Quiá! Usté es mi costilla,
y si me lo niega alguien
se va á volver esta casa
un almacén de cadáveres.

ELADIA (Aparte á Alfredo.)
(¡Por Dios! Líbreme usted de él.)

ALF. ¿Me da usté amplias facultades?

ELADIA (Idem.) (Con tal de que se lo lleve...)

ALF. Mi general, un instante.

GREG. No tengo humor de palique.

ALF. Ni yo sufro que se ultraje
á una dama con quien me unen
vínculos muy respetables.

ELADIA (¿Qué irá á decir?)

GREG. Acabemos,
que estoy sudando vinagre.

ALF. Esta señora es mi esposa.

GREG. ¡Voto á un cañón!

ELADIA (¡Tal dislate!)

ALF. (Aparte á Gregorio.)
(Achícate ya.)

GREG. (Rebajando el cuerpo.) ¡Su espo...!
Me dió usté el revolcón hache.
(Aparte á Alfredo.)
(¿Estoy bien así?)

ALF. Ella misma
le dará á usted más detalles.

ELADIA Yo... (Aparte á Alfredo.) Caballero, eso pasa
del límite...

ALF. (Idem á Eladia.) Es indispensable.

ELADIA (Idem.) Sí, mas...

ALF. (Idem á Gregorio.) Crécete otra vez.

GREG. (Irguiéndose.)
¡Por las barbas de mi padre,

que si me habla usted en guasa,
lo paso de parte á parte!

ELADIA ¡Un duelo!

ALF. ¡A muerte!

ELADIA ¡Dios justo!
(Yo debo evitar el lance...)
Sí... soy su esposa. Ayer mismo
firmamos los esponsales.

ALF. (Aparte á Gregorio.)
Achícate.

GREG. (Idem á Alfredo.) ¿Otra? Le advierto
que me duelen los ijares
de tanto...

ALF. Y por si usted duda
de mis palabras veraces...
(Llamando.)
¿Muchacha?.. Ante otro testigo
escuchará.

ELADIA (Aparte á Alfredo.) Ya es bastante.

GREG. (¿También ella?...)

ALF. (Aparte á Eladia.) Todo es poco
para lograr que se marche.

ESCENA XIV

DICHOS y MARTINA

MART. ¿Quién me llama?

ALF. La señora.

GREG. (¡Si entiendo esto que me empalen!)
(Aparte á Martina.)
Te voy á poner la jeta
de color de chocolate.

MART. (¿Si habrán descubierto?...)

ALF. Tu ama
ha dicho ya sin embajes
que es mi esposa.

MART. ¡Eh! ¿qué?

ALF. (A Eladia.) ¿Es verdad?

ELADIA Sí, lo he dicho... y tú lo sabes...

MART. ¿Que yo?...

ALF. Tú.

MART. (Aunque no lo sé,

convendrá que lo declare.)
En efecto es su mujer
y se llevan como ángeles.

GREG. ¿Se llevan?... (Habrá falsaria!)
Y dígame usté, compadre,
si á su esposa adora tanto...
(á mí no me la da naide)
¿por qué le hace cucamonas
á esta prenda?

ALF. ¿Yo?

GREG. [enantes
me lo dijo usté.

ELADIA ¡Qué escucho!
¡Desfachatez semejante!

ALF. Señora, este hombre delira.

MART. Y asegura disparates.

ALF. Yo hablé de Eladia...

GREG. ¿Es de veras?
Ven acá, sal de las sales.

ELADIA ¿Qué es esto?

GREG. Si tú me quieres
lluevan presidios y cárceles.
Y basta ya de pamemas
contrarias á mi caráuter,

ELADIA No comprendo...

GREG. Ni yo soy
general ni comendante,
ni más que un probe soldao
vestío de saltimbanquis.

ELADIA ¡No es usté!...

ALF. Hemos sido vícimas
de un engaño deplorable.

ELADIA (Aparte á Alfredo.)
Al contrario, yo lo aplaudo.

ALF. (Idem á Eladia.)
Y yo en cuanto á nuestro enlace.

ELADIA (Aparte.)
¿A nuestro qué?

ALF. (Aparte á Eladia.) Usted ha dicho
que es mi consorte delante
de dos testigos.

ELADIA (Aparte.) El miedo
me puso en tan duro trance.
Y en diciéndome ahora...

ALF. (Aparte.)
¿Y juzga usté eso bastante?
Los que afirmarlo la oyeron,
pueden comentar el lance,
y el vulgo siempre sospecha
lo que menos favor hace.

ELADIA ¿Pero qué hago con el otro
que va á llegar?

MART. Deshauciarle.
Recuerde usté aquella cara...

ALF. Y si es de toscos modales...

ELADIA ¡Dios me libre!... ante esa idea
renuncio á todos mis planes.

GREG. Señora, en cuanto á quiliquis
y finura al presentarse,
después de haberme escuchao
no habrá novio que le cuadre.

ALF. A lo que el cielo dispone,
la resistencia es en balde.

ELADIA Si del otro compromiso
se encarga usted de librarme...

ALF. ¿Me otorga usted amplio poder?

ELADIA (Dándole la mano.)
General irrevocable.

MART. ¿Y tú y yo?

GREG. Mañana mesmo
nos dan el *nomine patri:*
(Echando la bendición.)

MART. ¡Pero no tienes padrino!

GREG. ¿Que no? Y de los más amables.
(Al público.)
No sé si en fino ó en basto
me dirija á mi padrino;
pero si la doy de fino,
de seguro que lo aplasto.
Y yo que el tiempo no gasto
en dengues ni miquis tiquis,
ni entiendo de esas quiliquis,
le pido, sin más primores,
un aplauso para miquis,
y dos para estos señores.
(Señalando á los demás actores.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: UNA peseta